

sucesivamente las demas. Habia cuarenta, que juntas hacian treinta pesetas.

En aquel momento pasó por allí una buena mujer, lechera del pueblo vecino, la cual iba á la ciudad á vender leche; abrióse paso con bastante trabajo, por entre el gentío y dijo á los padres de Enrique:

«¿No están Vds. hablando de unas monedas de cincuenta céntimos que han sido perdidas ó robadas? En este mismo instante acaban de darme una que lleva el número 3. Mírenla Vds. ¿Es esta?»

Y presentó, en efecto, una moneda que Enrique reconoció por suya. Una voz general preguntó á la lechera quién se la habia dado, y ella contestó:

«Aun no hace un cuarto de hora, cuando entré en el pueblo, hallé á dos muchachos al volver de una esquina; iban tan atolondrados que tropezaron conmigo y me hicieron caer un cántaro de leche. A mis gritos y reclamaciones, contestó el mayor con injurias, pero el mas jóven, sacando una moneda, me la dió y ámbos se alejaron corriendo. Déjélos ir, porque la moneda que me dieron es poco mas ó ménos el precio de la leche que derramaron.

Preguntaron entónces todos á la lechera: «¿Conoceis á esos muchachos? ¿Habeis visto donde se dirigan?»

— Conozco al mayor; lleva una chupa encarnada y es el mozo de cuadra de la posada, pero no sé quién es el otro. Han echado por el camino del pueblo donde hay una fiesta hoy, y si correis los alcanzareis pronto.»

Nadie dudó que aquellos dos muchachos fuesen los ladrones y todos admiraban y bendecian á la Providencia, que permitió que se descubriese tan pronto á los culpables. Ocho ó diez mozos echaron á correr en busca suya y los demas habitantes del lugar se quedaron al lado de Enrique, mirando todos hácia el paraje por donde presumian que traerian á los raterillos. En efecto, al cabo de media hora varias personas que se habian adelantado volvieron gritando: «¡Ahí están! ¡ahí están!»

Casi al mismo tiempo llegaron los mozos arrastrando

por fuerza al de la chupa encarnada, que luchaba en vano contra ellos, y á Santiago que les seguia cabizbajo, sollozando y la cara medio tapada por la gorra calada hasta los carrillos. Por mas que sollozaba, nadie le conoció hasta que le quitaron la gorra. Enrique, al verle, prorumpió en un grito de dolor, y el arrepentido Santiago cae de rodillas confesando con voz ahogada por el llanto su delito con todas las circunstancias.

Todos le compadecian sin disculparle: «Tan jóven y ya delincuente, decian. ¡Desgraciado! ¿Quién te ha inducido á cometer una accion tan baja? ¡Las malas compañías!»

Los padres agarraban á sus hijos de la mano y estrechándoles contra su corazon, exclamaban: «¡Loado sea Dios! ¡Nuestros hijos no son culpables! Mirad, niños, lo que resulta de juntarse con los malos!»

Registraron á los ladronzuelos y hallaron en sus faltriqueras las monedas hurtadas, ménos la pieza de cincuenta céntimos que la lechera habia recibido y dado á Enrique. Este queria que perdonasen á Santiago, pero el alcalde no quiso: «Mas vale, decia, que vaya ahora á una casa de correccion, para evitar que le envíen mas tarde á presidio.»

El mozo de cuadra, aunque sumamente abatido, trataba de defenderse echando toda la culpa á Santiago y sosteniendo que era él quien le habia inducido á cometer el hurto; pero nadie le creia. Este miserable, que se hallaba en estado de reincidencia, fué sentenciado á cuatro años de cárcel. A Santiago le metieron en una casa de correccion, donde permaneció dos años; al cabo de este tiempo volvió al pueblo muy enmendado, se condujo en lo sucesivo siempre bien, y mereció que Enrique le devolviera su amistad.)

INSTRUCCION, ESTUDIC.

Si reservais, cada dia, algunos ratos para la lectura, sin que la distraiga ninguna otra diversion ó negocio, os admirareis de los progresos que habreis hecho al cabo del año. (B.)

El estudio disipa el fastidio, distrae de las penas, calma el dolor y anima y acompaña en la soledad. (SEGUR.)

Si el divertirse es un bien, el instruirse lo es todavía mayor. La lectura, que reúne estos dos beneficios, se parece á un fruto delicioso y nutritivo á un mismo tiempo.

Los buenos libros son la esencia de los mayores talentos, la flor de sus conocimientos y el fruto de sus largos desvelos; el estudio de una vida entera puede recogerse en algunas horas, y es un gran socorro.

Los libros son para el alma lo que los alimentos para el cuerpo. (Varios autores.)

Petrarca ¹.

Los amigos de Petrarca le escribían frecuentemente para disculparse por qué no iban á verle: «¿Cómo hemos de vivir contigo? le decían, ¡ la vida que llevas en Vaucluse es tan extravagante! En invierno te quedas en tu rincón como un buho y en verano no haces más que correr por los campos.» Petrarca, riendo de estas observaciones, respondía: « Esa gente mira como un bien supremo los placeres del mundo y no concibe que uno se aparte de ellos. Pero yo tengo amigos cuyo trato es muy amable para mí, amigos de todos los siglos y países, que se han ilustrado en la guerra, en los negocios públicos y en las ciencias ². Con ellos no tengo que incomodarme para nada y están siempre á mi disposición, pues les mando venir y les despido cuando me place. Léjos de importunarme, responden á mis preguntas. Unos me cuentan los sucesos de los siglos pasados y otros me revelan los secretos de la naturaleza; éste me enseña el modo de vivir y morir bien y aquel calma mis enojos con su jovialidad. Hay también algunos que endurecen mi alma contra los sufrimientos, enseñándome á despreciar mis deseos y á soportarme á mí mismo; en fin, me llevan por la senda de la ciencia y de las artes, satisfaciendo todo cuanto necesita mi pensamiento. En

1. Célebre autor italiano que vivía ordinariamente en Vaucluse, cerca de Aviñón, donde los papas tenían entonces su residencia. El valle de Vaucluse, donde hay una hermosa fuente, ha dado su nombre al de-

partamento. Petrarca murió en 1374.
2. Fácilmente se comprende que Petrarca designa así á los autores de cuyas obras se componía su biblioteca.

cambio de tantos favores, no piden más que un modesto cuarto donde se hallen al abrigo del polvo. Cuando salgo, me los llevo conmigo por las sendas que recorro, y la tran-



Petrarca.

quilidad de los campos les gusta más que el bullicio de las ciudades.» No es, pues, extraño que Petrarca cayese enfermo cuando cesaba de leer ó de escribir ó cuando no podía meditar sobre las lecturas en los valles solitarios junto á una fuente cristalina, sentado en una roca ó en la cuesta de la montaña. En el curso de sus frecuentes viajes, estudiaba y escribía en cualquier parte donde se paraba. Uno de sus amigos, que era obispo de Cavaillon, temeroso

de que el ardor con que trabajaba el poeta acabase de arruinar su quebrantada salud, le pidió un día la llave de su biblioteca. Dióselo Petrarca sin preguntar á su amigo para qué la quería. El buen obispo encerró en esta biblioteca libros y escritorios, diciéndole: « No se trabaja aquí en diez días. » Prometió Petrarca obedecer, no sin un violento esfuerzo. Halló tan largo el primer día, que creyó que nunca acabaría; en el segundo tuvo un continuo dolor de cabeza, y al tercero hubieron de devolverle la llave.

Bossuet ¹.

La aplicación de Bossuet al estudio era increíble. Todas las noches dejaba encendida una vela á su lado, y después del primer sueño, que solía durar cuatro horas, se levantaba, aun en medio de los frios mas rigorosos, rezaba sus oraciones y se sentaba en seguida á su bufete para trabajar, hasta que no pudiendo mas, se volvía á acostar. Siguió constantemente este género de vida, aun en sus viajes, hasta una edad muy avanzada.

Así fué como este gran prelado, sin dejar de cumplir con los importantes deberes que tenía á su cargo, llegó á componer tantas y tan hermosas obras, y adquirir al propio tiempo una erudición tal, que con dificultad se concibe cómo pudo leer todo lo que aprendió y escribir lo que compuso.

La Luzerne ².

Otro ilustre prelado, el cardenal de la Luzerne, no fué ménos notable por su incansable pasión por el estudio, pues hasta la edad de ochenta años continuó instruyéndose y componiendo al mismo tiempo obras muy útiles. Conservó toda su vida la regla del seminario, levantándose

1. Obispo de Meaux. Fué uno de los prelados mas grandes y uno de los escritores mas ilustres que ha habido

en Francia. Murió en 1704.
2. Murió en 1821.

todos los días á las cuatro de la mañana, sin encender nunca lumbre por mas frío que hiciese, y empezando á trabajar inmediatamente. Ni en el destierro, ni en viaje interrumpió jamás esta útil y enérgica práctica.

Sofía Germain.

Esta mujer llegó á colocarse por su amor al estudio entre los primeros matemáticos del siglo XIX. En medio de la intranquilidad á que daba origen la revolución francesa y que preocupaba el ánimo de su familia, quiso Sofía, aunque solo contaba catorce años, crearse una ocupación activa y consecuente para precaverse contra sus temores sobre el porvenir. La casualidad puso en sus manos una obra intitulada: *Historia de las Matemáticas*, donde leyó la relación de la muerte de Arquímedes ¹, á quien ni la toma de Siracusa, ni la espada del soldado levantada sobre su cabeza, pudieron distraer de sus meditaciones. La niña hizo al punto su elección, y sin otro maestro ni mas guía que un tratado elemental de matemáticas que encontró en la biblioteca de su padre, se puso á estudiar con ardor esta ciencia, superando todos los obstáculos que su familia opuso al principio á un gusto que no parecía deber convenir ni á su edad, ni á su sexo.

Levantábase Sofía á media noche con un frío tan riguroso que la tinta llegó á helarse en el tintero: entonces trabajaba abrigada con las mantas de la cama y á la luz de una lamparilla, pues, para obligarla á que descansase, la quitaban la lumbre del cuarto, sus vestidos y las velas. Por último, en vista de su decidida vocación, cesaron de violentarla, y Sofía Germain llegó á ser famosa por su talento en las matemáticas, en las cuales ganó varios premios concedidos por la Academia de ciencias. Murió en 1831.

1. Gran matemático de la antigüedad. Estaba tan absorto en el estudio, que cuando los romanos tomaron por asalto á Siracusa (212 años ántes

de J. C.), donde él se hallaba, ni siquiera notó la entrada de los enemigos.

Adriano Florent.

A mediados del siglo xv, distingüíase entre los estudiantes de la Universidad de Louvain, ciudad de Bélgica, el jóven Adriano, hijo de un tejedor de Utrecht, en Holanda.

Estudiaba Adriano con una perseverancia infatigable. A veces sus ojos apesgados y su cuerpo rendido de cansancio, le obligaban á interrumpir sus tareas; pero el amor al estudio reanimaba en breve sus fuerzas. Ansioso de toda clase de instruccion, iba á adquirirla á las fuentes de todas las ciencias.

Los maravillosos adelantos del jóven Adriano, no tardaron en excitar los celos de los demas estudiantes, sobre todo de los mas ricos y ménos aplicados.

A poco se descubrió que cada dia, al anochecer, salia furtivamente Adriano de la Universidad y que tomando constantemente una misma direccion, no regresaba jamas sino despues de media noche. Tambien notaron que inventaba siempre algun pretexto para que sus condiscípulos no le acompañasen en sus excursiones.

Una noche algunos de ellos le siguieron lisongeándose con la idea de hallarle culpable de algunos graves desórdenes; pero notando él que le seguian, pudo burlar la curiosidad de sus enemigos. Estos continuaron paseándose por la ciudad, esperando que alguna feliz coyuntura les harja descubrir las huellas del que buscaban. Como era ya cerca de media noche, les ocurrió visitar ántes de retirarse los alrededores de la iglesia de San Pedro, no con la esperanza de hallarle, sino para que su exploracion fuese completa.

Al llegar cerca de la iglesia, que es uno de los edificios mas hermosos é imponentes de los Países-Bajos, un estudiante dice de repente á sus compañeros: « Deteneos, que si no me engaño, veo bajo el pórtico una figura humana que permanece inmóbil junto á una lámpara. » Diciendo esto se adelanta poco á poco hácia el bulto que llamaba su curiosidad, seguido de sus compañeros, y al débil resplan-

dor de una lamparilla que ardia bajo el pórtico de la iglesia, perciben á un hombre inclinado sobre un libro. Un ligero reflejo de la lámpara alumbraba su rostro, que estaba pálido y cansado: « ¡Es Adriano! » exclaman á un tiempo todos, y en efecto era él. Al verse sorprendido, alza la cabeza y se pone encarnado como el carmin, pero serenándose en breve adelantóse hácia sus camaradas y les dijo: « El misterio está aclarado, puesto que ya lo sabeis todo; soy muy pobre para comprarme una vela y de cuatro meses á esta parte continúo mis estudios aquí ó en la esquina de una calle ó en cualquiera otra parte donde hallo luz. — ¿Pero, cómo puedes soportar el frio? ¿Cómo no te has helado? » le dijo uno de sus compañeros. Sonrióse Adriano, y tomando con su mano ardiente la de su condiscípulo: « ¿Tengo frio? le responde; y poniendo luego esa misma mano sobre su corazon: aquí hay algo, dijo, que arrostra el frio lo mismo que vuestra burla. » Nadie osó hacer mofa de él; muy al contrario, el odio y la envidia desaparecieron dejando el puesto á una sincera amistad.

Pueden leerse los detalles de su vida en los anales de su país, y se verá que, gracias á su talento, fué elevado al cargo de vice-canciller en aquella misma Universidad donde entró pobre y sin amparo. Despues fué nombrado preceptor de Carlos V, emperador de Alemania y rey de España; mas tarde su discípulo, agradecido, le nombró primer ministro de España, y por último fué electo papa bajo el nombre de Adriano VI. Murió en 1523.

El Pastor de Ettrick.

Jaime Hogg, conocido con el nombre del pastor de Ettrick, villa situada en el condado de Selkirk, en Escocia, es un poeta muy estimado en Inglaterra. Empezó á estudiar á los veinte años, y hasta entónces no habia aprendido á leer ni á escribir; pero la buena voluntad, unida al trabajo, venció todas las dificultades. Su juventud fué pobre y miserable por haberla pasado apacentando los ganados

en las montañas de Escocia, donde, á fuerza de vivir en la mas profunda soledad, acabó por amar las fuentes, los arroyos, las grutas, las montañas, el cielo y las nubes. Obligado á renunciar al trato de sus semejantes para subsistir, se apasionó de las bellezas de la naturaleza; pero no hubiera llegado nunca á ser capaz de pintarlas, si no hubiese adquirido una variada instruccion y un talento notable, gracias á la fuerza de su voluntad y á su constante aplicacion. Su ejemplo nos enseña que un jóven cuya infancia ha sido descuidada completamente, puede reparar esta desgracia si es capaz de quererlo y de perseverar en su propósito.

§ II. MODESTIA.

De todos los vicios, el orgullo es acaso el mas odioso y peligroso. (*Tratado de moral.*)

La tontería y la vanidad son dos hermanas que rara vez se separan. (*Moralistas orientales.*)

Si quereis que hablen bien de vosotros, guardaos bien de elogiarnos: el yo en este caso es detestable. (*PASCAL.*)

La modestia es el adorno que da fuerza al mérito y lo realza. (*LA BRUYÈRE.*)

Conviene merecer las alabanzas y sustraerse á ellas. (*FENELON.*)

Blasonar de nobles, afortunados ó talentosos, es confesarnos indignos de esas cualidades. (*B.*)

El que se avergüenza de su primitivo estado ó de la humilde condicion de sus padres, cuando ha llegado á un puesto superior á ella, es un ingrato con la Providencia. El que obra así da pruebas de tener un ánimo mezquino y un mal corazón. (*B.*)

Platon.

Era Platon un célebre filósofo ateniense, discípulo de Sócrates, que compuso importantes y bellísimas obras. Cuando estaba Grecia en el apogeo de su gloria, fué á Olimpia¹ á ver los juegos, y vivió allí con personas desconoci-

1. Los juegos olímpicos eran unas fiestas magníficas que se celebraban cada cuatro años, en el solsticio de

verano, y en las cuales tomaban parte todos los pueblos que componían la confederacion de la Grecia.

das, cuyo afecto se grangeó en breve por la suavidad de sus modales y la dulzura de su carácter. Sin haberles hablado de ciencias ni de filosofía, les dijo solamente que se llamaba Platon; pero despues de la celebracion de los juegos, fueron juntos á Aténas, donde el filósofo les hospedó en su casa, con la mayor cortesía y cordialidad. Sus huéspedes le dijeron entónces: « Hacednos el favor de llevarnos á casa de ese célebre filósofo que se llama Platon, como vos, pues nuestra visita á Aténas ha sido, en parte, para verle. — Soy yo, contestó Platon con modesta sonrisa. Sorprendidos los forasteros al ver, que sin saberlo, habian tenido un compañero tan ilustre, se convencieron de que cuanto se decia de Platon, era inferior á lo que merecia, y que su modestia igualaba á su mérito. Murió 347 años ántes de J. C.

Epaminondas.

Epaminondas, general tebano, era famoso por sus hazañas y su desinterés. Sus enemigos, para mortificarle, le hicieron nombrar *tetarco*, empleo indigno de él, pues consistia en hacer barrer las calles; pero el valiente general, léjos de dar á entender que consideraba degradantes aquellas funciones, las aceptó con buena gracia y las desempeñó con celo. Con este motivo se dijo: « Epaminondas ha probado con su ejemplo que no es el empleo el que honra al hombre, sino el hombre el que honra al empleo. » Murió 363 años ántes de J. C.

Turena.

Turena, uno de los capitanes mas grandes y virtuosos que ha tenido Francia, acababa de ganar una gran batalla en la cual se cubrió de gloria. Para anunciar esta victoria á su mujer, hé aquí el billete que le escribió: « ¡Alabado sea Dios! Me he cansado un poco durante el dia; os doy las buenas noches y voy á acostarme. » De este modo